

# Hacer cultura cubana

*“Cultura cubana” es hacer  
humanidad, vivase donde se viva.*  
José Martí

Por RAÚL FORNET-BETANCOURT

La brevedad de estas notas me obliga a pasar por alto el problema con el que, de hecho, habría que comenzar: la cuestión que plantea la misma palabra “cultura” que, como muestran sus innumerables intentos de definición, representa una de las realidades que más se resiste a entrar en los límites de una definición. Por eso tendrá que bastar ahora con una somera observación sobre la concepción de cultura que está en el trasfondo de estas reflexiones y que ayuda a comprender la posición que se sostiene en ellas. Debe tenerse en cuenta, por tanto, que se parte de una concepción de la cultura cuya característica principal es la de entender la cultura en el sentido de un proceso histórico donde se va perfilando el horizonte de las referencias de fondo (prácticas, teóricas, axiológicas, simbólicas, religiosas, etc.) que orientan la vida de una determinada comunidad humana o pueblo y que, de esta manera, le proporcionan a los miembros de la misma una perspectiva relativamente confiable y familiar en la búsqueda del sentido de sus acciones y sus aspiraciones.

Desde el supuesto de esta concepción y sus implicaciones para la consideración de las culturas en concreto, partiré entonces de la afirmación de que no se debe hablar de “cultura cubana” como si se tratase de algo inmutable. Pues si es verdad que la “cultura cubana”, como cualquier otra cultura “nacional”, existe como ese horizonte de referencias fundamentales y de valores orientadores, del que hablaba, también es cierto que se trata de un horizonte

inestable, cambiante, que evoluciona al ritmo de la misma historia que ayuda a construir a sus miembros. Las culturas nos ayudan a ser sujetos de la historia, pero al mismo tiempo cambian y se transforman por la historia real que hacen sus miembros. Se desarrollan, si se quiere, en una constante dialéctica de tradición e innovación. Y por eso las referencias que ofrecen no pueden ser nunca tomadas como bases fijas de identidades inmóviles.

En esto la “cultura cubana” no es una excepción. Al contrario, si



seguimos a Fernando Ortiz, se puede decir que representa un caso extremo de cultura como proceso abierto e indefinido, incluso en lo que se podrían llamar sus orígenes o tradiciones originales constituyentes del “inicio” de lo “cubano”. Recordemos, por ejemplo, esta tesis de Fernando Ortiz: “En todos los pue-

blos la evolución histórica significa siempre un tránsito vital de culturas a ritmo más o menos reposado o veloz; pero en Cuba han sido tantas y tan diversas en posiciones de espacio y categorías estructurales las culturas que han influido en la formación de su pueblo, que ese inmenso amestizamiento de razas y culturas sobrepaja en trascendencia a todo otro fenómeno histórico ... Toda la escala cultural que Europa experimentó en más de cuatro milenios, en Cuba se pasó en menos de cuatro siglos ... En un día se pasaron en Cuba varias edades ... Fueron dos mundos que recíprocamente se descubrieron y entrechocaron ... Transculturación fracasada para los indígenas y radical y cruel para los advenedizos ... Curioso fenómeno social éste de Cuba, el de haber sido desde el siglo XVI igualmente invasoras, con la fuerza o a la fuerza, todas sus gentes o culturas, todas exógenas y todas desgarradas, con el trauma del desarraigo original y de su ruda transplantación, a una cultura nueva en creación”.

Pero la “cultura cubana” no es sólo resultado de múltiples y largas transculturaciones.

O sea, que la explicación transcultural que da Ortiz del carácter de la “cultura cubana” no vale únicamente para su pasado o momento constituyente. Pues en todo momento, hasta hoy, ha sido y sigue siendo un lugar de constante transculturación.

De ahí que, y yendo ya al punto que quiero destacar en estas notas, mi segunda afirmación mantiene que la “cultura cubana”, precisamente en razón de la dinámica transculturi-

zadora que la inspira, no coincide siempre con el territorio (nacional), de forma que sus fronteras no han sido las de la isla colonizada ni tampoco las de la república, como son hoy las del territorio de soberanía nacional. Y ello, me parece, fundamentalmente por dos razones. Primero, porque quien habla de transculturación como dinámica constitutiva de la “cultura cubana”, habla de la vocación de universalidad que impulsa el proceso cultural cubano. Lo



que a su vez significa que lo “cubano” y/o la identidad “propia” que se va gestando se considera como parte de un proceso totalizador más amplio, como un puente de apoyo para abrirse a lo universal justamente, y no tanto como la “propiedad” que se detenta en exclusiva y que separa del resto del mundo.

Y segundo, porque la consecuencia del momento anterior de vivir la identidad de la cultura “propia” en términos de cruce de culturas y de puente hacia lo universal, es la conciencia de una cierta familiaridad con la memoria cultural de la humanidad toda; conciencia que implica ciertamente una disposición que facilita el diálogo con lo universal, pero que significa también, y acaso sobre todo, la voluntad de insertar en los procesos totalizantes universales la “diferencia cubana” o, mejor dicho, la memoria que, aunque siempre abierta, ha singularizado la historia de la humanidad en Cuba.

En lo fundamental, como decía, son estas dos razones las que explican porqué la “cultura cubana” ha excedido siempre lo que se podría llamar su territorio natural, desarrollándose en consecuencia también fuera de las fronteras de la soberanía del país. Pero se puede añadir todavía un tercer argumento que, dando por supuesto la interacción transculturizadora de la que brota la “cultura cubana” como singular realización de la universalidad humana, hace valer el carácter universalizable de las referencias fundamentales más importantes que han orientado el proceso cultural cubano en su historia concreta, a saber, los ideales de la libertad, la justicia, la dignidad humana o el amor por los humildes.

La “cultura cubana” representa una memoria singular de estos valores universales. Se hace y se rehace

desde ellos y desde ellos asimila la herencia universal, al mismo tiempo que incide en ésta y mantiene viva esta memoria ética en su curso. Por eso, más que en un territorio, la “cultura cubana” acontece en una esfera axiológica que es transversal a muchas fronteras territoriales. Pienso que siempre ha sido así.

Si en los tiempos fundadores de José María Heredia, Félix Varela o José Martí no hubo una “cultura cubana” de fuera y otra de dentro, tampoco hoy hay dos culturas cubanas. “Cultura cubana” se hace allí donde la creación cultural refleja el compromiso de fondo con esa memoria de la humanización ética y de perfeccionamiento espiritual que comparte “lo cubano” con cualquier otra diferencia cultural, pero justo como tarea de singularización y universalización a la vez.

Parafraseando una muy conocida sentencia martiana, podríamos, pues, concluir con una última afirmación que dice que hacer “cultura cubana” es hacer humanidad, vívase donde se viva.

